

SEDE APOSTÓLICA  
SANTO PADRE  
*Francisco*  
**Mensaje**

100<sup>a</sup> JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2014

## **Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor**

19 de enero de 2014

---

Queridos hermanos y hermanas:

Nuestras sociedades están experimentando, como nunca antes en la historia, procesos de mutua interdependencia e interacción a nivel global, que, si bien es verdad que contienen elementos problemáticos o negativos, tienen el objetivo de mejorar las condiciones de vida de la familia humana, no solo en el aspecto económico, sino también en el político y cultural. Toda persona pertenece a la humanidad y comparte con la familia entera de los pueblos la esperanza de un futuro mejor; de esta constatación nace el tema que he elegido para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado de este año: "Emigrantes y refugiados: hacia un mundo mejor".

Entre los resultados de los cambios de nuestra época, el creciente fenómeno de la movilidad humana emerge como un *«signo de los tiempos»*; así lo ha definido el papa Benedicto XVI (cf. Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2006). Si las migraciones, por un lado, ponen frecuentemente de manifiesto las carencias y lagunas de los estados y de la comunidad internacional, por otro, también revelan las aspiraciones de la humanidad de vivir la unidad mediante el respeto a las

necesitados y los forasteros (cf. Mt 25,31-46); y si somos capaces de pasar de una cultura del rechazo a una cultura del encuentro y de la acogida.

Emigrantes y refugiados no son peones sobre el tablero de la humanidad; son niños, mujeres y hombres que abandonan o son obligados a abandonar sus casas por muchas razones, y que comparten el deseo legítimo de conocer, de tener, pero sobre todo de ser "algo más". Es impresionante el número de personas que emigra de un continente a otro, así como el de aquellos que se desplazan dentro de sus propios países o zonas geográficas; los flujos migratorios contemporáneos constituyen el mayor movimiento de personas, e incluso de pueblos, de todos los tiempos. La Iglesia, en camino con los emigrantes y los refugiados, se compromete a comprender las causas de las migraciones, pero también a trabajar para superar sus efectos negativos y valorizar los positivos en las comunidades de origen, tránsito y destino de los movimientos migratorios.

Al mismo tiempo que animamos el progreso hacia un mundo mejor, no podemos dejar de denunciar, por desgracia, el escándalo de la pobreza en sus diversas dimensiones. Violencia, explotación, discriminación, marginación y restricciones de las libertades fundamentales, tanto de los individuos como de los colectivos, son algunos de los principales factores de pobreza que se deben superar. Precisamente estos aspectos caracterizan muchas veces los movimientos migratorios, uniendo migración y pobreza; para huir de situaciones de miseria o de persecución, buscando mejores posibilidades o salvar su vida, millones de personas comienzan un viaje migratorio y, en vez de cumplir sus expectativas, frecuentemente sufren desconfianza, cerrazón, exclusión y otras desgracias, muchas de ellas graves y que hieren su dignidad humana.

La realidad de las migraciones, dadas las dimensiones que alcanza en nuestra época de globalización, pide ser afrontada y gestionada de un modo nuevo, equitativo y eficaz, que exige en primer lugar la cooperación internacional y un espíritu de profunda solidaridad y compasión. Es importante la colaboración a varios niveles para la adopción, por parte de todos, de instrumentos normativos que tutelen y promuevan a la persona; el papa Benedicto XVI trazó las grandes líneas al afirmar que: *«Esta política hay que desarrollarla partiendo de una estrecha colaboración entre los países de procedencia y de destino»*

más justo y fraternal, un mundo mejor. Los medios de comunicación también están llamados a entrar en esta "conversión de las actitudes" y a favorecer este cambio de comportamiento hacia los emigrantes y refugiados.

Pienso también en cómo la Sagrada Familia de Nazaret tuvo que vivir la experiencia del rechazo al inicio de su camino: María «*dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada*» (Lc 2,7). Es más, Jesús, María y José experimentaron lo que significa dejar su propia tierra y ser emigrantes: amenazados por el poder de Herodes, fueron obligados a huir y a refugiarse en Egipto (cf. Mt 2,13-14); pero el corazón materno de María y el corazón atento de José, Custodio de la Sagrada Familia, conservaron siempre la confianza en que Dios nunca les abandonaría. Que, por su intercesión, esa misma certeza esté siempre firme en el corazón del emigrante y del refugiado.

La Iglesia, respondiendo al mandato de Cristo, «*id y haced discípulos a todos los pueblos*», está llamada a ser el Pueblo de Dios que abraza a todos los pueblos y a llevarles el anuncio del Evangelio, porque en el rostro de cada persona está impreso el rostro de Cristo. Ahí se encuentra la raíz más profunda de la dignidad del ser humano, que debe ser respetada y tutelada siempre: el fundamento de esa dignidad no está en los criterios de eficiencia, de productividad, de clase social o de pertenencia a una etnia o grupo religioso, sino en ser creados a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27) y, más aún, en ser hijos de Dios; cada ser humano es hijo de Dios, y en cada uno está impresa la imagen de Cristo. Se trata, entonces, de que nosotros seamos los primeros en verlo, y así podamos ayudar a los demás a ver en el emigrante y en el refugiado, no solo un problema que debe ser afrontado, sino a un hermano y a una hermana que deben ser acogidos, respetados y amados; una ocasión que la Providencia nos ofrece para contribuir a la construcción de una sociedad más justa, una democracia más plena, un país más solidario, un mundo más fraternal y una comunidad cristiana más abierta, de acuerdo con el Evangelio. Las migraciones pueden dar lugar a posibilidades de nueva evangelización y a abrir espacios para que crezca una nueva humanidad, preanunciada en el misterio pascual; una humanidad para la cual cada tierra extranjera es patria y cada patria es tierra extranjera.